

NOTA DE LA EDITORA ESPAÑOLA

a Allan Janik,
in memoriam

Este proyecto se concibió como una mera traducción de la edición austriaca, incluido su aparato de notas, y de la transcripción de los originales en inglés empleada por esta. Aunque la intención principal de la traducción al alemán había sido mantenerse lo más fiel posible al material de partida, el editor austriaco optó por desarrollar las abreviaturas y no reproducir determinadas características formales de la correspondencia entre Wittgenstein y Richards, como los tachados y las inserciones. Además de tomar otras decisiones distintas a tales respetos, fui observando, a medida que desarrollaba la tarea, ciertas disonancias, en particular relativas al uso de la puntuación, que volvieron manifiesta la conveniencia de contrastar la transcripción facilitada con las cartas originales.

Mientras tanto, vio la luz la edición, que no solo traducción, inglesa, más fiel que la austriaca en el uso de la puntuación y en otros aspectos de la escritura, incluidos el empleo de abreviaturas o la reproducción de tachados e inserciones. Sin embargo, puesto que la transcripción de las cartas usada por ambas ediciones era la misma, también presentaba esta última ciertas discrepancias con respecto a los originales que era preciso corregir. De ahí la necesidad de llevar a cabo una nueva edición que corrigiera cuestiones significativas (en un par de ocasiones, por ejemplo, se obviaban fragmentos de dos cartas, tratándose en un caso de solo unas cuantas líneas y en otro de una carilla al completo de una carta de cuatro hojas). Asimismo, aunque en general se haya respetado la revisión de la datación de las cartas llevada a cabo por la edición inglesa, también se ha corregido la datación de algunas cartas con respecto a las dos ediciones previas.

En nuestra edición, al igual que en la inglesa, cuando Wittgenstein o Richards añadieron una palabra, frase u oración por encima o por debajo de una línea, indicando generalmente dónde debía insertarse,

se coloca el material en el lugar en cuestión, arrojándolo con barras inclinadas, de la siguiente manera: /texto/. No obstante, a diferencia de esta, aquí ni se reproducen los errores ortográficos de Wittgenstein —particularmente faltas toponímicas y antropónimicas— ni se mantiene su habitual uso del signo «&» en lugar de «and», sustituyéndolo por «y» salvo muy excepcionalmente. Como en las ediciones previas, los subrayados se han reproducido tal cual, en lugar de representar ese énfasis mediante la cursiva, si bien se han añadido rayados omitidos en aquellas. A diferencia de estas, sin embargo, me he esforzado por respetar la sistemática diferencia en la disposición de la escritura por parte de ambos interlocutores.

Con respecto a las notas a pie de página, esta edición traduce una revisión del aparato de notas de la edición austriaca, habiendo suprimido aquellas consideradas innecesarias o completado algunas existentes, atendiendo en ocasiones a las mejoras brindadas por la edición inglesa. Además, comprende notas específicas de la edición, en particular justificando los cambios de datación y las modificaciones importantes con respecto a la transcripción de las cartas originales empleada por las ediciones anteriores. Estas últimas se identifican de la siguiente manera: «[N. de la E.]». Esta edición también incluye la traducción de los materiales introductorios y contextuales, previamente revisados, de la edición austriaca.

Dentro de las posibilidades brindadas por el español, se ha tratado de respetar el uso de la puntuación por parte de Wittgenstein, si bien se han introducido más comas que las existentes en los originales, siempre que se ha considerado necesario para facilitar la fluidez de la lectura. A este respecto, quienes se enfrenten a estas cartas encontrarán cuando menos llamativos determinados usos del guion, que a veces reemplaza el punto y aparte y/u otras funciona para contrastar los elementos que separa; o del punto y coma, que, por ejemplo, no siempre establece la función sintáctica que estrictamente correspondería a nivel semántico, así como los grandes párrafos en los que Wittgenstein agrupa información aparentemente dispar tirando de su peculiar uso de la puntuación. Estas cuestiones se explican con cierto detalle en la introducción específica a esta edición.

Todo lo escrito por Wittgenstein y Richards aparece en una fuente romana clásica, mientras que cualquier texto incluido en las cartas pero no escrito por ellos —como los mensajes impresos en las tarjetas de felicitación, encabezados o fórmulas de telegramas— se reproduce en una tipografía *courier* para distinguirlo de las palabras propias de Wittgenstein y Richards. En cuanto al aparato gráfico, se ha respetado en la mayoría de los casos la edición austriaca, añadiéndose en la nuestra tres reproducciones de cartas de la correspondencia para favorecer la visualización del material de partida. Además, se ha intentado trasladar a la maqueta las alineaciones y disposiciones de algunos elementos de las cartas manuscritas, como encabezados y firmas.

Estoy tremendamente agradecida tanto a Alfred Schmidt como a Haymon por su generosidad y flexibilidad en lo que respecta a la acogida de esta nueva edición española. Ojalá el avance del conocimiento fuera siempre el motor de las colaboraciones editoriales, tal como ha ocurrido en esta ocasión. También estoy agradecida a Gabriel Citron por permitirme contrastar los originales que están en su poder y a Alfred Schmidt por la enorme paciencia que ha tenido conmigo a la hora de ayudarme a localizar los originales en el catálogo de la ÖNB, dado que sus registros no siempre siguen un criterio uniforme, facilitándome la reproducción de aquellos que, por una u otra razón, no se encuentran digitalizados.

Sevilla, 2026

PRÓLOGO

Ray Monk

«El amor verdadero conlleva pensar en el sufrimiento del otro. Porque el otro también sufre; también es un pobre diablo»¹.

Así se refiere Wittgenstein al amor en un cuaderno en agosto de 1946. El «amor verdadero» al que alude era el que sentía por Ben Richards, un estudiante del King's College de Cambridge, a quien había conocido a finales de 1945. Wittgenstein se había enamorado varias veces antes, pero, como demuestra esta conmovedora y cautivadora colección de cartas, su relación con Richards fue especial. No solo fue el último amor de su vida, sino también el más feliz.

Para mi biografía de Wittgenstein, visité a Richards varias veces en su casa de Hemel Hempstead, pero nunca me confió que poseyera esta encantadora colección de cartas de amor. Por lo tanto, cuando Alfred Schmidt me las mostró, fueron una maravillosa revelación.

Con su primer amor, David Pinsent, Wittgenstein solía ser (como Pinsent registra en sus diarios de 1912-13) hosco, discudidor y crítico, y con Marguerite Respinger (con quien, en 1929, Wittgenstein quiso casarse) podía ser severo y controlador. Francis Skinner, con quien Wittgenstein vivió durante varios años en la década de 1930, estaba completamente dominado por él. Sin embargo, en estas cartas a Richards, vemos a un Wittgenstein muy diferente, uno que, en efecto, piensa en lo que el *otro* piensa y siente. «Ojalá supiera», escribe Wittgenstein a Richards, «un poco más sobre cuán feliz e/o infeliz te sientes en tu trabajo»². Cuando Richards está ansioso por sus exámenes médicos, Wittgenstein sufre con él y quiere ayudar. Cuando Wittgenstein ve algo bello, quiere compartirlo con Richards. Cuando escucha una pieza musical que le impresiona especialmente, se la recomienda

1. Ms 131, pp. 41-2.

2. Carta de Wittgenstein a Richards del 19 de abril de 1951.

a Richards con la esperanza de que este, al escucharla, piense en él. Le envía flores para alegrarle el día. Quiere hacer a Richards *feliz*.

Él era, también, continuamente consciente de lo feliz que Richards lo hacía. «Todo es felicidad», escribió el 8 de octubre de 1946. «No podría escribir así ahora si no hubiera pasado las últimas 2 semanas con B[en]»³. Unas semanas más tarde, escribió: «El amor es una alegría»⁴.

Esa alegría se transmite vívidamente en estas cartas, bellamente sencillas y afectuosas, muchas de las cuales fueron escritas con un único propósito: «Quiero decirte cuánto te quiero y cuánto te necesito»⁵. Quizás la más conmovedora de estas cartas sea la que escribió poco antes de su muerte. Sabía que no le quedaba mucho tiempo de vida y sentía que *tenía* algo que decir:

Hay algo que quiero decirte. Pase lo que pase conmigo ahora, quiero que sepas que me has dado más de lo que jamás me hubiera sido posible imaginar. Me has brindado una felicidad y una alegría que nunca merecí y has hecho que mi vida sea completamente diferente a como habría sido sin ti. Gracias por todo lo que has hecho por mí. /Eres el trasfondo de toda mi felicidad⁶./

Mientras agonizaba en la cama, le dijeron que sus amigos más cercanos, incluido Richards, irían a visitarlo al día siguiente. Sabía que no viviría lo suficiente para verlos, así que antes de perder el conocimiento dijo: «Dígales que mi vida fue maravillosa». A algunas personas les parece desconcertante. ¿Cómo podía alguien que había experimentado un tormento y una angustia tan intensos, hasta el punto de considerar repetidamente el suicidio, describir su vida como «maravillosa»? Estas cartas hacen que sus últimas palabras resulten mucho menos desconcertantes, y Alfred Schmidt y Gabriel Citron merecen ser felicitados por su meticuloso trabajo al permitirnos vislumbrar una faceta de la vida de Wittgenstein que fue verdaderamente maravillosa.

3. Ms 132, p. 147.

4. Ms 133, p. 8.

5. Carta de Wittgenstein a Richards del 7 de abril de 1951.

6. Carta de Wittgenstein a Richards del 11 de abril de 1951.

EL ADVERBIO (TAMBIÉN EL TERMINADO EN -MENTE): LA PALABRA REDENTORA

Carla Carmona

PIENSO EN TI CON AMOR ¡¡CONSTANTEMENTE!!

Quien lea estas cartas no va a encontrarse con un discurso elevado. Por el contrario, es probable que se asombre ante lo relajado del uso del lenguaje por parte de Wittgenstein y Ben Richards, en particular ante el empleo tan coloquial y a menudo descaradamente distendido que de él hace el renombrado filósofo. Tampoco descubrirá en ellas nada «especial». Lo extraordinario que tienen es precisamente su carácter cotidiano. Muestran qué es lo importante, y que en qué radica lo importante para alguien es en buena parte independiente de la cabeza que se tiene. Lo fundamental, revelan, es lo aparentemente insignificante del día a día: que te reciba un gesto sincero, los pequeños placeres de la comida, el bienestar de un paseo por el campo en un día soleado; maravillarse ante los pétalos de una flor, deleitarse con el canto de un pájaro; preocuparse por un ser querido, perderse en los recovecos del amor; tener o no tener ganas de vivir; la salud, la enfermedad; temerle o no a la muerte. Esto podría ponerse de manifiesto por escrito de maneras diversas; con el paganismo bucólico y sereno de un Alberto Caeiro, por ejemplo. Pero Wittgenstein no es ese Pessoa, ni tampoco el clarividente hasta los huesos Bernardo Soares —pues su fatiga de vivir guarda solo un parecido de familia lejano con la de este—, ni ninguno de los otros heterónimos del portugués. Wittgenstein pone en práctica un habla de a pie de calle. Se ha insistido mucho en su admiración por la poesía de Johann Ludwig Uhland, o por la de Rainer Maria Rilke, cuyos versos, tan excelsos y sumamente silenciosos, sin embargo, decía no alcanzar a comprender. Pues bien, asimismo, supo disfrutar de la jerga más informal, de ahí

que prefiriese lo que denominaba «el estadounidense» al inglés de etiqueta de Cambridge u Oxford¹.

Lo cierto es que Wittgenstein gustaba de la travesura lingüística, pudiendo llegar a parecer, en términos estilísticos, un auténtico gamberro. Ejemplo paradigmático de ello es su tendencia al empleo del adverbio. A este respecto, una de las cosas que más me ha costado traducir con fidelidad ha sido su uso desenfadado de la locución adverbial «a lot» —que él, además, no dudaba en subrayar— en las variaciones que la incluyen de la fórmula de cierre que da título a la correspondencia². Y esto, claro está, no por su dificultad gramatical o sintáctica, sino por su cruda sencillez. Retrospectivamente me arranca una sonrisa, pero no se imaginan cuánta resistencia por mi parte tuve que vencer para dejar por escrito los correspondientes «un montón».

El título del volumen en sí mismo es producto de muchos quebraderos de cabeza, y de una decisión editorial conservadora, digamos, en lo que respecta al uso del adverbio. *No dejo de pensar en ti con amor* busca trasladar una frase que se repite a lo largo de toda la correspondencia, así como ser símbolo de sus variaciones, a saber: «I think of you constantly with love», cuya traducción literal sería «Pienso en ti constantemente con amor». Efectivamente, Wittgenstein tampoco le temía al equivalente en inglés del adverbio terminado en *-mente* —aunque, todo hay que decirlo, la terminación inglesa *-ly* es considerablemente más ligera, me imagino a Wittgenstein feliz y exaltado ante las posibilidades brindadas por la española. Como suele ser habitual, el título del libro se acordó, tras arduas negociaciones con la editorial, en los albores de la traducción. A medida que avanzaba en mi tarea, sin embargo, ganaba consciencia acerca de que *I think of you constantly with love* —título, por cierto, de las ediciones inglesa y austriaca— era una de las expresiones que, para Wittgenstein, mejor comunicaba sus sentimientos por Richards. Solo eso explica que la

1. Véanse las cartas del 16 de septiembre y el 31 de diciembre de 1949 y la del 23 de enero de 1951.

2. Véanse, por ejemplo, la carta del 22 de octubre de 1947 y las cartas del 20 de julio y el 2 y el 10 de noviembre de 1946 —en los dos últimos casos la expresión se subraya, el día 2 con un subrayado simple y el 10 con un subrayado doble.

mayoría de sus misivas termine con esa oración aparentemente tosca, o con alguna de sus múltiples variaciones.

Explorar esa manifestación verbal de amor le permitía ahondar en los entresijos de su amor por Richards. Por ejemplo, Wittgenstein solía alternar el tiempo verbal, intercambiando el presente simple con el presente continuo (*I am thinking of you constantly*, 1.1.51; *I'm thinking of you with love constantly*, 27.7.48). También jugaba con el orden de los elementos que la componen; por ejemplo, retrasando el adverbio (*I think of you with love constantly*, 6.9.46), o mediando la acción con una coma (*I think of you with love, constantly*, 23.3.48). Con asiduidad, empleaba el subrayado, principalmente del adverbio (*I think of you with love constantly*, 14.8.50; *I think of you constantly with love*, 11.8.50), recurriendo a dobles y triples subrayados, o a la negrita. En ocasiones, sustituyó *constantly* por *always* (siempre), por lo general colocándolo al final de la frase (*I think of you with love always*, 6.4.48). Igualmente, recurrió a la elipsis, omitiendo algunos elementos; a veces, por ejemplo, la frase se reduce a «with love», pero también prescindió de estos dos elementos en concreto, pudiendo añadirlos a continuación, una línea más abajo, considerablemente sangrados, por encima de la firma, como rompiendo en dos la fórmula de cierre³. Asimismo, echó mano de la abreviatura (*t. o. y. c.*, 4.6.50); por ejemplo, para convertir el amor en verbo conjugado, invirtiendo en estos casos, por lo usual, el orden de las oraciones simples en la oración compuesta copulativa: *I l. y. a. & t. o. y. w. l. c.* (8.6.50); *I l. y. a. & t. o. y. c.* (4.6.50) —aunque esto también lo hizo con todas sus letras y en el orden «de siempre», como en *I think of you constantly & love you always* («Pienso en ti constantemente y te quiero siempre», 13.2.51)—. Para añadir énfasis, no receló de sumar un adverbio, como en el ejemplo inmediatamente anterior, o incluso dos, a una expresión, de por sí, intensa, o de emplear signos de exclamación, que, como los subrayados, también duplicaba e incluso triplicaba⁴.

3. Por ejemplo, véase la carta del 6 de septiembre de 1950.

4. Véanse los siguientes ejemplos: *I think of you constantly & love you always* («Pienso en ti constantemente y te quiero siempre», 21.2.51); *I think of you constantly! & love you as always* («¡Pienso en ti constantemente! y te quiero como siempre», 6.5.50); *I think of you constantly, as always & love you always* («Pienso en ti constantemente, como siempre,

Adicionalmente, relacionó amor y pensamiento por medio de alternativas algo más complejas, como *You are in my loving thoughts always* (17.11.48), *But my loving thoughts are always with you* (14.12.48), o *My loving thoughts are with you always* (7.2.50), donde quienes aman son directamente los pensamientos, que devienen amorosos —algo terriblemente complicado de traducir en español⁵—, y *always* sustituye de nuevo a *constantly*. Estas matizaciones podían estar orientadas a explicitar los buenos deseos que van parejos con el amar [*I think of you constantly with love & good wishes!* («¡Pienso en ti constantemente con amor y buenos deseos!», 17.9.50); *I think of you with love & good wishes constantly, & love you always* («Pienso en ti con amor y buenos deseos constantemente, y te quiero siempre», 7.12.50)], o a manifestar añoranza o gratitud [*I think of you constantly, with good wishes & with longing* («Pienso en ti constantemente, con buenos deseos y con anhelo», 7.4.51); *I think of you constantly with love & gratitude* («Pienso en ti constantemente con amor y gratitud», 25.5.48)].

Estas solo son *algunas* de las variaciones de la fórmula de cierre de las cartas de Wittgenstein. Perdonen tantos ejemplos, pero solo así se vuelve manifiesta una dificultad peculiar inherente a la traducción de esta correspondencia. No es anecdótico que Wittgenstein hiciese explícito repetidamente que Richards ya conocía los sentimientos comprendidos en dichas frases: *You know I think of you constantly, with all the best wishes* («Ya sabes que pienso en ti constantemente, con los mejores deseos», 22.9.50); *I think of you a lot. Don't forget that I think of you constantly with love* («Pienso en ti un montón. No te olvides de que pienso en ti constantemente con amor», 6.1.51); *I needn't tell you that my thoughts are with you constantly* («No hace falta que te diga que mis pensamientos están contigo constantemente», 27.3.51). Sus palabras

y te quiero siempre», 4.4.51) —en este caso, no solo se combinan dos adverbios y una locución adverbial, sino que esta última se forma, sin miramiento alguno, duplicando uno de los adverbios anteriores (*always*)—; *I love you always & think of you constantly* («Te quiero siempre y pienso en ti constantemente», 19.4.51).

5. Se ha optado por «pensamientos más tiernos/cariñosos», respectivamente: «Siempre estás en mis pensamientos *más tiernos*», «Pero siempre te acompañan mis pensamientos *más tiernos*», «Mis pensamientos más cariñosos están contigo siempre».

no pretendían *informar* a Richards de lo que sentía por él, sino *manifestar* su amor, *encarnar* esa inclinación. De ahí la concreción y la inmediatez en el empleo de cada vocablo por parte de Wittgenstein, así como la responsabilidad consustancial de trasladar ambas cualidades a otro idioma, término por término.

Esto guarda una conexión estrecha con un aspecto importante de la concepción del lenguaje de Wittgenstein. Para este, la palabra es, por encima de todo, acción, y el lenguaje es, fundamentalmente, expresivo. Que el lenguaje sea expresivo puede parecer obvio, pero no es en absoluto evidente en el sentido en el que lo era para Wittgenstein, y menos en el ámbito de la filosofía académica practicada a su alrededor. De hecho, el austriaco pudo resolver un problema filosófico esencial⁶ con algo aparentemente tan simple como aludir a la expresividad de oraciones cotidianas como «Me duele la muela» o «Estoy triste»: llamando la atención sobre que, *en* ellas, salvo en contextos muy concretos, sentimos cosas, que son dolor y tristeza, respectivamente, y no meras palabras que persiguen comunicar fenómenos *internos*, *anteriores* a dichas manifestaciones verbales. En las cartas reunidas en este volumen, algunas combinaciones de palabras, incluido el adverbio terminado en *-mente*, son puro amor.

Pudiera parecer que eso llevara a Wittgenstein a anteponer el contenido a la forma en la correspondencia, lo que ciertamente entraría en conflicto con su concepción de forma y contenido como dos caras de la misma moneda. Consideren el siguiente ejemplo: el 17 de marzo de 1951, le escribió a Richards que, si no se quedaba en Cambridge lo

6. Así arremetió contra la teoría causal o psicologista del significado, defendida por autores de la talla de Bertrand Russell o Charles K. Ogden e I. A. Richards en obras que se han convertido en clásicos, respectivamente, *El análisis de la mente* (1921) y *El significado del significado* (1923): la creencia de que el significado de una palabra es su efecto psicológico en la mente de quien habla y quien le escucha —mediante asociaciones, una palabra evocaría ciertas impresiones e imágenes, de modo que alguien usaría una palabra en su sentido correcto y la comunicación tendría lugar si la palabra evocase en el receptor aquellas asociaciones de impresiones e imágenes que el hablante deseaba comunicar. La teoría causal del significado distingue sensación, expresión, y significado, separándolos con nitidez; por ello presenta la dificultad de tener que justificar su conexión.

suficiente, el tiempo compartido sería «demasiado terriblemente corto». La expresión le suena tan mal que por encima de ella inserta, a modo de inciso, un comentario sobre lo incorrecto de su inglés, conectándolo con aquella, a su vez, por medio de una flecha. Sin embargo, no se privó de subrayar intensificador y adverbio. Lo cierto es que bien podría haber añadido signos de exclamación dobles o triples, como gustaba de hacer. Así lo escribió y así lo sentía: la manera de expresar por escrito su desasosiego ante la idea de estar tan solo un tiempo breve junto a Richards —apenas un mes antes de su muerte por cáncer de próstata— está internamente conectada con el sentimiento específico que esa situación hipotética le generaba. La expresión *es* ese sentimiento; que las cosas fueran así *se sentiría*, literalmente, demasiado terriblemente corto!!!! Es que no se trataba de un sentimiento fino, sino de uno que requería apoyar el adjetivo en cuestión en un sintagma adverbial macizo y estruendoso, asegurando la disonancia de la expresión final.

OTRAS CURIOSIDADES FORMALES DE LAS CARTAS

Wittgenstein y Richards dispusieron la escritura de maneras sistemáticamente distintas, siendo llamativamente coherentes en sus respectivas prácticas —un rasgo que esta edición se ha esforzado en recoger, distinguiéndose de las ediciones existentes—. Esto podría deberse a una decisión formal de partida orientada hacia la publicación posterior de la correspondencia. Wittgenstein parecía especialmente interesado en que las cartas aquí reunidas llegaran a publicarse. Su carta a Richards del 28 de noviembre de 1946 pone de manifiesto que hizo averiguaciones muy concretas de cara a su publicación:

Ha surgido una pequeña dificultad con respecto a nuestra correspondencia. El otro día vi a un editor que dijo que publicaría todas nuestras cartas cuando muramos. Pero observó que reproducir tus dibujos encarecería el libro demasiado para el lector medio. Dijo que deberías limitarte por completo a líneas rectas en el futuro, ya que saldría más barato⁷.

7. Los originales pueden consultarse, digitalizados, a través de la web de la Biblioteca Nacional de Austria: <https://www.onb.ac.at/>.

Bromas aparte, que se trate de una carta tan temprana en el conjunto de la correspondencia —que contaba, por entonces, con apenas cinco meses— es indicativo del valor que su intercambio epistolar con Richards tuvo para Wittgenstein desde sus inicios. Habría que tener en cuenta, además, que Wittgenstein solo llegó a publicar dos textos durante su vida. El primero, que tanto ha dado de qué hablar por su extravagante laconismo, admirado por lógicos y artistas por igual, musicalizado cual poema sagrado indescifrable, el *Tractatus logico-philosophicus*⁸, vio la luz en 1921 en una revista científica alemana y un año después en una editorial inglesa, con el texto alemán original a la izquierda y la traducción inglesa a la derecha. El segundo, todavía ampliamente desconocido, fue un diccionario⁹ para su estudiantado de primaria de los pueblecitos de la Baja Austria, donde Wittgenstein, en una de sus numerosas mutaciones vitales, impartió clase desde el ocaso del verano de 1920 hasta finales de abril de 1926, cuando el desplome de su alumno de 11 años Josef Haidbauer, a quien golpeó en clase, le llevó a presentar su dimisión. Por el contrario, *Investigaciones filosóficas*¹⁰, su segunda contribución a la filosofía del lenguaje, igual de revolucionaria, si no más, que la del *Tractatus*, nunca llegó a satisfacer sus altas expectativas de cara a una posible publicación. De que estuvo dándole vueltas y trabajando en ella hasta el final de su vida dan fe, precisamente, estas cartas. Que las *Investigaciones*, tras años y años de trabajo, no le parecieran publicables, pero esta correspondencia sí, y

8. Ludwig Wittgenstein: Logisch-philosophische Abhandlung, *Annalen der Naturphilosophie* XIV (3/4), 1921. *Tractatus logico-philosophicus*, Londres: Routledge & Kegan Paul, 1922. Traducción española (con original en alemán): *Tractatus logico-philosophicus*, en L. Wittgenstein, Wittgenstein I, pp. 1-153, Madrid: Gredos, 2009.

9. Ludwig Wittgenstein: *Wörterbuch für Volks- und Bürgerschulen*, Viena: Hölder-Pichler-Tempsky, 1926.

https://www.wittgensteinproject.org/w/index.php/W%C3%B6rterbuch_f%C3%BCr_Volksschulen

10. Ludwig Wittgenstein: *Investigaciones filosóficas (IF)*, Madrid: Trotta, 2021. Se emplea esta versión española porque Alfred Schmidt se refiere con posterioridad a la edición de la que es traducción. En las referencias a continuación, como es habitual, me remito al número de párrafo para la primera parte de la obra y al número de página para el prefacio de Wittgenstein.

desde el principio, probablemente tenga que ver con la naturaleza de ambos escritos. Frente a lo que habría de constituir su legado filosófico, estas cartas son testimonio de una historia de amor sostenida por una profunda relación de amistad, así como del talante ético de sus autores, siendo el de Wittgenstein tan peculiar. Y la tarea de ser testimonio, de cristalizar amor y ética, solo puede hacerse sin alteraciones, preservando la frescura espontánea de estas conversaciones, la cual brota incluso cuando el papel se emborrona con tachaduras, guiones y subrayados varios —también verticales, como en la segunda hoja de la carta del 23 de junio de 1947—, signos de exclamación o añadidos orientados a matizar o completar una idea, mediante los cuales, a propósito, quiso *mostrar*, que no decir, cosas muy concretas¹¹.

Dada su alta estima por evidenciar de manera ostensible, es más que probable que Wittgenstein gustase de la idea de poder diferenciar las cartas de uno y otro a simple vista. Puede que inicialmente se tratase de algo casual, solo sistematizado con posterioridad, pero, desde la fórmula del saludo, la presentación del texto de cada remitente es, por completo, diferente. Richards nunca sangraba el saludo —en su caso, un constante «Querido Ludwig»—. Por el contrario, Wittgenstein siempre lo hacía, ya se tratase de un simple «Querido Ben» o de sus más que frecuentes variaciones, tanto las convencionales, como «Queridísimo Ben» o «Mi querido Ben», como las más originales, que usaba con asiduidad, como «Mi querido Ben, V. C.» o «Querido Ben, ¡V. C.!\», en las que Wittgenstein se refería a Richards como «viejo corazón». Esta expresión cariñosa, de connotaciones espirituales, algunas veces introducida por la palabra «querido», se plasma fundamentalmente mediante abreviatura, lo que, a su vez, admite sus variaciones, incluyendo alteraciones mediante elipsis: «v. c.», «v. C.», «V. C.», «q. v. c.», «q. v. C.», «q. v.», «q. C.». Wittgenstein también

11. Por ejemplo, el 27 de febrero de 1947 explicitó que, en su última carta, el subrayado en el enunciado «si eres mi amigo, entonces como mi amigo» pretendía comunicar «en acción». Igualmente, concebía los recortes de revistas que guardaba para Richards como mostraciones lúcidas, como la historieta sobre las cuchillas de Gillette de su carta del 27 de enero de 1947, a la que Richards respondió, a vuelta de correo, que, efectivamente, *evocaba* «toda la gama de emociones humanas».



Monday
23/6/47

Dear Ben,
When I'll see you this
week-end it's necessary
that I make some
sort of plans for the
summer. Please think
about possibilities a
bit. I'll be at Barts
on Saturday noon. I'm
looking forward to seeing
you, as I always do.
With love

Ludwig

My dear, God bless you!
I have no right to your
friendship. Please don't
rashly think that you

can give it to me. For
what I need is a friend
in life & action, not only
in thoughts & feelings (though
that too). You have
my love: don't rashly
think that you can
give me yours, for
there is really nothing
in me that is lovable.
Please don't think
that I'm ^{in writing this} sentimental.
I'm trying hard to be
honest with you.

God bless you, again.
W. L.
Ludwig



Autogr. 1841/11-1